

Script Ready	/ /	AR
Recorded	/ /	SM
Edited	/ /	
Checked	/ /	
Corrected	/ /	
Mastered	/ /	

PROGRAMA No. 0174

LEVÍTICO

Capítulo 15:4 - 33

Continuamos hoy, amigo oyente, nuestro estudio del libro de Levítico. En nuestro programa anterior, iniciamos nuestro estudio del capítulo 15 de Levítico y comenzamos a considerar el aspecto de los flujos del hombre, dentro del tema central de este capítulo 15 que es la purificación de los flujos. Y decíamos que la naturaleza humana es corruptora porque es pecaminosa. Aun el hombre que ha nacido de nuevo por medio del Espíritu Santo, todavía lleva su vieja carne pecaminosa. Es asombroso hoy en día que sean tantas las personas que se interesan en las ceremonias religiosas y observan cuidadosamente esas ceremonias, pero tienen un corazón que está sucio como lo peor. Todos, amigo oyente, tenemos ese tipo de corazón, a menos que haya sido limpiado por la sangre de Jesucristo. Finalizamos diciendo que Santiago presenta esta verdad en forma muy práctica en su epístola, capítulo 1, versículos 14 y 15, donde dice: *sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte.* Pablo clamó en desesperación en su carta a los Romanos, capítulo 7, versículo 18, diciendo: *Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien;* El flujo del pecado puede ser visible o invisible. Puede fluir sangre y pus en forma visible; o puede hacer que nada aparezca en la superficie. Sin embargo, allí está. La inmundicia que está en consideración aquí es la que se encuentra en los pensamientos y en los pecados secretos. Y presenta un tremendo contraste con lo que Dios requiere. El Salmista, dice en el Salmo 51, versículo 6: *He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría.* Este pasaje debe humillar al orgulloso y mostrarle la total repugnancia de su vida a la luz de la santidad de Dios. Esto le da al hombre otro punto de vista o perspectiva en cuanto a cómo se vea ante un Dios justo y santo. Escuche usted lo que dice David una vez más en el Salmo 51, versículo 4: *Contra ti, contra ti solo he pecado, Y he hecho lo malo delante de tus*

TTB 4176-4177 Página 1 de 7 Programa No. 0174

ojos; Para que seas reconocido justo en tu palabra, Y tenido por puro en tu juicio. Muchas veces Dios ha puesto énfasis en Su palabra sobre el hecho de que el pecado es extremadamente perverso. Un ejemplo de esto que usted debiera estudiar, se encuentra en Ezequiel, capítulo 16, versículos 1 al 13, donde Dios expresa con toda claridad a los israelitas, que en sí mismos no tenían ninguna virtud ni nada de atractivo, sino que eran totalmente repugnantes ante Él. “Y yo pasé junto a ti, y te vi sucia en tus sangres. Tu padre fue amorreo, y tu madre, hetea”. Esas son algunas de las frases de este pasaje. En otras palabras eran inmundos y de mal ascendencia. Si usted prefiere leer también todo el capítulo 59 de Isaías, en el verso 2, dice: *pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.* Volviendo ahora al capítulo 15 de Levítico, leamos los versículos 4 hasta el 7:

⁴Toda cama en que se acostare el que tuviere flujo, será inmunda; y toda cosa sobre que se sentare, inmunda será. ⁵Y cualquiera que tocare su cama lavará sus vestidos; se lavará también a sí mismo con agua, y será inmundo hasta la noche. ⁶Y el que se sentare sobre aquello en que se hubiere sentado el que tiene flujo, lavará sus vestidos, se lavará también a sí mismo con agua, y será inmundo hasta la noche. ⁷Asimismo el que tocare el cuerpo del que tiene flujo, lavará sus vestidos, y a sí mismo se lavará con agua, y será inmundo hasta la noche. (Lev. 15:4-7)

Vemos aquí que se declaraba inmundo cualquier lugar en que se acostare un hombre con flujo, como también toda cosa en la cual se sentara y todo lo que tocara sería declarado inmundo. Dios tiene sumo interés en la vida diaria de Su pueblo. Su ley abarca aun las áreas más pequeñas e insignificantes de sus vidas. Dios les observa aun cuando están dormidos. El hombre que tenía flujo contaminaba la cama en que se había acostado y aun sus sueños eran considerados impuros. Muchas personas pasan las noches enteras sin poder dormir, no contando cabezas de ovejas, sino recontando y recordando sus pecados con placer lascivo. Dios tiene interés en lo que pensamos cuando nos acostamos. Él quiere controlar nuestros pensamientos. El Apóstol Pablo lo expresa así en su carta a los Filipenses, capítulo 4, versículo 8; escuche usted: *“Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad”.* ¡Dios

está interesado en usted, amigo oyente! Tiene interés en usted cuando se acuesta y cuando camina. Tiene interés en lo que toca. Cuando nos sentamos para conversar con los amigos, Dios tiene interés en esa conversación. ¿Estaremos propagando el virus de contaminación? Dios tiene interés en nuestros contactos de negocios y en nuestros contactos sociales. El contacto físico de lo limpio con lo inmundo siempre propaga la enfermedad a lo limpio.

Amigo oyente, no podemos estar con los del mundo, ni aun caminar por la calle, sin contaminarnos. Escuchamos las obscenidades y groserías, vemos las láminas, nos atraen los anuncios y la propaganda. Nos contaminan constantemente. Necesitamos reconocer estas cosas y confesar nuestros pecados para ser limpiados por Dios. Todos tenemos esta plaga del pecado, estos flujos, estos pecados secretos. Continuemos ahora, leyendo los versículos 8 al 12 de este capítulo 15 de Levítico:

⁸Y si el que tiene flujo escupiere sobre el limpio, éste lavará sus vestidos, y después de haberse lavado con agua, será inmundo hasta la noche. ⁹Y toda montura sobre que cabalgare el que tuviere flujo será inmunda. ¹⁰Cualquiera que tocara cualquiera cosa que haya estado debajo de él, será inmundo hasta la noche; y el que la llevare, lavará sus vestidos, y después de lavarse con agua, será inmundo hasta la noche. ¹¹Y todo aquel a quien tocara el que tiene flujo, y no lavare con agua sus manos, lavará sus vestidos, y a sí mismo se lavará con agua, y será inmundo hasta la noche. ¹²La vasija de barro que tocara el que tiene flujo será quebrada, y toda vasija de madera será lavada con agua. (Lev. 15:8-12)

Es probable que este pasaje nos cause disgusto, pero tenemos que reconocer que revela la inmundicia del pecado transmitido por medio del contacto. Los reglamentos en los versículos anteriores tenían que ver con la conducta en el hogar, y ahora estos versículos tratan de los contactos en la calle o en algún lugar público, aun en el caso de un contacto accidental.

Notamos que esto es también cierto hoy en día. Muchas veces un creyente se halla en algún lugar público o en la calle, y alguna persona vil e inclinada a lo indecente abre la boca y arroja

profanidades y obscenidades o alguna blasfemia atroz. Y esto, amigo oyente, nos contamina, sin lugar a dudas.

Estos versículos deben recordarnos que es posible acompañar o andar con los que nos contaminan. Un creyente puede sentirse sucio después de apartarse de tal grupito, y en realidad lo es. Por eso necesita lavarse. Y por eso mismo, es importantísimo que permanezcamos en la Palabra de Dios. ¡Nos ensuciamos en esta vida, amigo oyente!

El Salmista en el Salmo 119:9 dice: “*¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra*”. Escuche también las palabras que Jesús dirigió al Apóstol Pedro en Juan 13:8: “*Si no te lavare, no tendrás parte conmigo*”. Esto significa que no podemos tener comunión con el Señor Jesús si no somos lavados por Él. Y en Juan 15:3 dice Jesús: “*Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado*”. Y una vez más en Juan 17:17, dice: “*Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad*”. Volviendo ahora al capítulo 15 de Levítico, leamos los versículos 13 hasta el 15:

¹³ Cuando se hubiere limpiado de su flujo el que tiene flujo, contará siete días desde su purificación, y lavará sus vestidos, y lavará su cuerpo en aguas corrientes, y será limpio. ¹⁴ Y el octavo día tomará dos tórtolas o dos palominos, y vendrá delante de Jehová a la puerta del tabernáculo de reunión, y los dará al sacerdote; ¹⁵ y el sacerdote hará del uno ofrenda por el pecado, y del otro holocausto; y el sacerdote le purificará de su flujo delante de Jehová. (Lev. 15:13-15)

Tenemos aquí, una vez más, presentadas el agua junto con la sangre. La sangre quita la culpa del pecado mientras que el agua quita la mancha de pecado. El Espíritu Santo aplicará el sacrificio de Cristo a aquellos pecados secretos que se hallan en nuestras vidas hoy en día.

Amigo oyente, ¿ve usted lo que describe esto? Es un capítulo sórdido; sin embargo, tenemos que confesar que es una descripción de usted y de mí. Necesitamos confesar nuestros pecados secretos para ser limpiados. El Salmista dice una vez más en el Salmo 32, versículo 5: “*Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; Y tú*

perdonaste la maldad de mi pecado”. El Apóstol Juan, en su primera carta, capítulo 1, versículo 9, nos dice: *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”*. Continuemos ahora, leyendo los versículos 16 al 18 de este capítulo 15 de Levítico:

¹⁶Cuando el hombre tuviere emisión de semen, lavará en agua todo su cuerpo, y será inmundo hasta la noche. ¹⁷Y toda vestidura, o toda piel sobre la cual cayere la emisión del semen, se lavará con agua, y será inmunda hasta la noche. ¹⁸Y cuando un hombre yaciere con una mujer y tuviere emisión de semen, ambos se lavarán con agua, y serán inmundos hasta la noche. (Lev. 15:16-18)

Es obvio que esto se refiere a las enfermedades venéreas. Una de ellas, la más devastadora es el sida. Francamente son muy corruptoras. Hoy en día, estas enfermedades constituyen una verdadera epidemia. Dios puede guardarnos de estas enfermedades sociales. Dios tiene gran interés en la procreación de la raza. Dios le dio un don especial al hombre para su propio bien e inspiración, y así el hombre debe guardar este sistema reproductivo con mucho cuidado. El hombre siempre está en peligro de contaminarse con aquello que debiera ser su experiencia más noble. Esto es especialmente apreciable en una lectura cuidadosa de la epístola a los Romanos, capítulo 1, versículo 18 hasta el capítulo 2, versículo 2. Dios nos enseña que debemos guardarnos de los deseos impíos y de los pensamientos lascivos porque son pecado. Escuche usted las palabras del Señor Jesucristo en el capítulo 5 del evangelio según San Mateo, versículos 27 y 28; dijo el Señor: *“Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”*.

Es necesario recordar que el hombre no es capaz de engendrar un hijo que no tenga pecado. La carne pecaminosa no puede producir sino sólo carne pecaminosa. David sabía de lo que hablaba cuando él dijo en el Salmo 51:5: *“He aquí, en maldad he sido formado, Y en pecado me concibió mi madre”*.

Y pasamos ahora a considerar el siguiente aspecto en nuestro estudio de este capítulo 15. Este aspecto es “los flujos de la mujer”. No vamos a leer esta sección comprendida entre los

versículos 19 hasta el 24, porque evidentemente se refieren a la condición de una mujer durante su menstruación normal. Debía apartarse de sus amigos y amigas durante este período. Era tratada como proscrita y como si fuera leprosa. Esto nos parece hoy en día como algo excepcionalmente severo. Y la única explicación que podemos ofrecer es que esto es un recordatorio de la caída del hombre relatada en Génesis. La pena del pecado era la muerte. Al hombre se le recuerda que tenía un mal principio, y que no tiene nada en sí mismo de qué gloriarse. El hombre perverso solo puede producir pecado.

La siguiente sección, los versículos 25 hasta el 30, tratan de un flujo anormal. Esta sección da las leyes para la separación de la mujer que lo sufría e informa el hecho de que este flujo contaminaba la cama en que se acostaba y a cualquiera que tocara las cosas que ella hubiera contaminado. También explica la ofrenda que esta mujer debía traer cuando estuviera limpia de su flujo.

Esto nos da una percepción sobre la condición de la mujer que sufría el flujo de sangre, y que vino a Jesús para ser sanada. La ley la había excluido de todo contacto con los demás, y sin embargo, ella tocó a Jesús. La ley la había excluido del templo y de la adoración pública a Dios. Sin embargo, la gracia de nuestro Señor la sanó y la restauró, y Él alabó su fe públicamente. Jesús, amigo oyente, es la fuente que nos limpia de toda la inmundicia de nuestros corazones. Y llegamos ahora al aspecto final en este capítulo 15 de Levítico: “la repugnancia de los flujos y los reglamentos para ello”. Leamos los versículos 31 al 33 de este capítulo 15 de Levítico:

³¹Así apartaréis de sus impurezas a los hijos de Israel, a fin de que no mueran por sus impurezas por haber contaminado mi tabernáculo que está entre ellos. ³²Esta es la ley para el que tiene flujo, y para el que tiene emisión de semen, viniendo a ser inmundo a causa de ello; ³³y para la que padece su costumbre, y para el que tuviere flujo, sea varón o mujer, y para el hombre que durmiere con mujer inmunda. (Lev. 15:31-33)

En realidad, no nos queda mucho tiempo para considerar todo este aspecto, pero quisiéramos mencionar que los pecados sexuales son considerados con mayor énfasis al final de este capítulo tocante a los flujos. Esto se refiere a las enfermedades sociales, enfermedades venéreas, y la

muerte era la pena por no obedecer los mandamientos que controlaban los flujos. Esto no es un asunto trivial para con Dios. Los pecados ocultos del creyente no pueden ser pasados por alto. El Apóstol Pablo, en su primera carta a los Corintios, capítulo 3, versículos 16 y 17, dice: “*¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es*”.

Y aquí, amigo oyente, nos detenemos por esta ocasión. Terminaremos la consideración de este aspecto en nuestro próximo programa. Confiamos que usted nos vuelva a sintonizar. Mientras tanto, le sugerimos leer y repasar el capítulo 16 de este libro de Levítico, para estar informado de su contenido, y de esta forma acompañarnos en nuestro próximo estudio. Le recordamos que las notas y bosquejos que ofrecemos están a su disposición sin costo alguno de su parte. Solicite este material, escribiendo a la dirección que daremos a usted en instantes. Al escribirnos, le recomendamos hacerlo con claridad, indicando sus datos personales, es decir, su nombre y dirección completos y en orden. Insistimos que lo haga así, para facilitarnos el envío de las notas y bosquejos sin contratiempos a su dirección. Agradecidos por su atención de hoy, le invitamos para nuestro próximo programa, Dios mediante, para dar inicio al estudio del capítulo 16 de Levítico. Será, pues, hasta entonces, es nuestra oración ¡que el Señor le bendiga abundantemente!